á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios: *Declarat hæc Sancta Synodus non esse suæ intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, Beatam, et Immaculatam Dei Genitricem.* No habiendo pues querido comprenderla el sagrado Concilio en la ley general del pecado, ¿quién se atreverá á atribuírselo?

CAPÍTULO V.

El atrevimiento de algunos novadores que de todo dudan, de ningun modo debe servirnos de guia en nuestras opiniones; y tendrémos tanta mayor seguridad de acierto cuanto mas nos acerquemos á la fuente de todas las verdades cristianas, que es Jesucristo. El agua mas inmediata á su manantial es siempre mas pura y mas saludable que aquella que ya vá lejos: así las verdades cristianas son siempre mas seguras cuando se sacan de los Apóstoles y de los antiguos Padres de la Iglesia, habiendo mucho menos lugar á la sospecha de que estén corrompidas.

Poseemos las Liturgias, es decir, las misas de Santiago y de S. Marcos Evangelista, que se hallan al principio de la Biblioteca de los Padres. El primero llama á la Vírgen María *santísima, gloriosísima, inmaculada* y de ningun modo comprendida en la esfera de los hombres pecadores. Y S. Marcos la llama asimismo *santísima, inmaculada, y bendita siempre Vírgen María madre de Dios.* Ahora bien, ¿le hubieran dado el glorioso título de inmaculada si hubiesen creido que su Concepcion fué manchada por el pecado original?

Esta verdad ha ido pasando de los Apóstoles á los Santos inmediatos á su tiempo. San Hipólito obispo y mártir, que vivia por los años doscientos veinte, en su célebre oracion del fin del mundo llama á la Vírgen María «santa é inmaculada.» Orígenes que no distaba mucho de aquel tiempo, la llama «santa é inmaculada Madre del Santo Inmaculado.» ¿Nó parece que quiere hacer un paralelo entre la pureza del Hijo y la inocencia de la Madre á fin de que ni remotamente pueda nadie imaginar pecado ni en la Madre ni en el Hijo? Si no bastan estos dos testimonios para probar cuál era la creencia del tercer siglo; oigamos al taumaturgo de Neocesarea S. Gregorio, y nos dirá: «Que un ángel, que no tiene cuerpo, fué enviado á una vírgen pura é inmaculada. El que jamás fué culpable fué enviado á la que es sin mancha y sin corrupcion de pecado.» El gran obispo de Cartago S. Cipriano dice: «Que la Santísima Vírgen convenia con el resto de los mortales en la naturaleza y no en la culpa.» No podian estos antiguos Padres espresarse con mas claridad al asegurar que no contrajo el pecado original como el resto de los hombres. ¡Avergüéncense los ignorantes que se atrevieron á sostener que tal doctrina fué desconocida en los primeros tiempos del cristianismo! Lo que está demostrado es que no ha sido impugnada hasta el siglo décimo cuarto.

Doctores aun mas ilustres y en mayor número sostuvieron en el siglo cuarto la Concepcion inmaculada de María. San Epifanio, obispo de Salamina, que vivia por los años trescientos setenta, dice hablando con la Señora: «Sois llena de gracia, ó bienaventurada Vírgen, y despues de Dios os aventajais á todas las criaturas: desde vuestro ingreso en el mundo fuisteis mas bella que los querubines y que los serafines.» ¿Y se aventajaria la Hermosa de Nazaret á aquellas nobles inteligencias que no pecaron ni por un instante, si en el momento de su Concepcion la hubiese mancillado el pecado original? San Ambrosio que floreció por aquel mismo tiempo, escribia aquellas palabras que despues se pusieron en el oficio de la Concepcion: «Hé aquí una Vírgen, en la cual no se ha hallado ni el nudo del pecado original, ni la corteza de la

culpa actual. San Gerónimo asegura esponiendo el Salmo setenta y siete que la *Santísima Vírgen es una nube que jamás estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz;* quiere decir, siempre en la gracia, y jamás en el pecado. Así preconizaron la inmaculada Concepcion de María aquellas grandes lumbreras del siglo cuarto.

Si pasamos al quinto, encontrarémos desde el principio á San Agustin, águila de los doctores de la Iglesia: oigámosle disputando con el hereje Pelagio enemigo de la gracia de Jesucristo y que negaba el pecado original. Prueba convincentemente que todos los hijos de Adán se contaminan con la culpa de este en el mismo momento de su concepcion; pero esceptúa de ella en términos espresos á nuestra dulce Abogada por la honra que le ha cabido de ser madre de Dios: *Excepta Sancta Virgine Maria, de qua propter honorem Domini nullam prorsus, cum de peccatis agitur, volo habere quæstionem.* Y en otra parte disertando contra Juliano, establece esta máxima fundamental: «El no tener la debilidad de caer en el pecado actual, ni aun en el mas mínimo, es prueba evidente de que el alma jamás se ha manchado con el original.»

Ahora bien, es doctrina católica enseñada por los Apóstoles y definida como certísima por el Concilio de Trento que la Santísima Vírgen jamás cayó en el mas mínimo pecado actual; luego es segurísimo que jamás fué mancillada por el original. Vemos pues la inmaculada Concepcion de María sostenida por el Águila de los doctores, y que no solo la apoya con su autoridad, sino que la prueba con la razon.

Consultemos en el mismo siglo á San Máximo, arzobispo de Turin; en el sesto á San Fulgencio, obispo de Ruspa, á San Eligio, obispo de Noyon; en el siglo séptimo al insigne arzobispo de Toledo San Ildefonso; en el octavo á San Juan Damasceno; en el noveno al santo y sapientísimo autor conocido por el Idiota; en el décimo á San Fulgencio, obispo de Chartres; y todos contestarán á una voz que han creido y ensalzado la Concepcion sin mancha de la Reina y Señora de los Santos.

En el siglo undécimo San Pedro Damian, San Anselmo, arzobispo de Cantorberi, Ibo de Chartres, San Bruno, fundador del órden de la Cartuja, todos confesaron y bendijeron la inmaculada Concepcion de María. Léanse sus obras y se verán las magníficas alabanzas, que tributan á tan soberano misterio.

En el duodécimo vinieron á reforzar el numeroso ejército de los sábios y santos defensores de la inmaculada Concepcion el abad Ruperto, Hugo de San Victor, Ricardo que vivia hácia el año de mil ciento treinta, el maestro de las sentencias Pedro Lombardo, Pedro de Blois, y tantos otros contemporáneos, que se hicieron ilustres por su sabiduría y santidad.

Aunque fuera cierto que San Bernardo y otros varios doctores hubiesen principiado á enseñar que la Santísima Vírgen fué concebida en pecado original como el resto de los hombres, ¿qué fuerza tendria una opinion nueva, que no está de acuerdo con el sentir de todos los siglos pasados?

¿Mas por qué se ha de hacer tamaña injuria á estos célebres doctores, que como estrellas luminosas brillaron en el firmamento de la Iglesia? ¿Por qué imputar á varones esclarecidos por su santidad y doctrina y devotísimos de la Señora unos sentimientos tan indignos de la sublimidad de la Madre de Dios hasta creer que haya sido esclava del demonio, objeto de la ira divina, y manchada en su Concepcion por el pecado original? ¿Y fué tal por ventura su verdadera creencia? Vamos á verlo con la posible brevedad.

¿Nó es cierto que segun la máxima legal *testis varius, testis nullus,* nada se puede fundar en la deposicion de un testigo de cualquier calidad que sea, si afirma en pro y en contra? En semejante caso se hallan estos autores, cuyos testimonios unas veces son favorables y otras contrarios á la inmaculada Concepcion de María.

Con respecto á San Bernardo, cuya carta á los canónigos de Leon se ha citado en apoyo de la opinion contraria; no vacilamos en responder que no los reprendia porque creyesen inmaculada la Concepcion de María, sino por haberse adelantado á instituir su fiesta de propia autoridad, sin esperar

la de la Iglesia romana, cuyas órdenes debian seguir, muy lejos de prevenirlas. Pero aunque concedamos que San Bernardo en aquel ó en algun otro lugar se manifestase poco inclinado á la inmaculada Concepcion de María; es innegable que tambien habló clara y formalmente en favor de ella como en el cuarto sermon sobre los Cánticos, donde se leen las siguientes palabras: *Innocens fuisti ex originalibus, et actualibus peccatis, nemo ita præter te;* afirmando que solo ella estuvo libre de todo pecado original y actual. Y en la citada carta ciento setenta y cuatro leemos lo siguiente: «Dios me guarde de creer que la haya manchado ninguna especie de culpa.» Es pues indudable que el Astro de Claraval jamás se opuso á esta antigua creencia, esperando, como él mismo dice, las determinaciones de la Iglesia romana, á cuyo juicio sometia su carta, dispuesto á mudar de parecer por conformarse con ella. ¿Y quién dudaria que si hoy viviese y viera que vá creciendo de dia en dia en toda la Iglesia el fervoroso empeño de honrar la inmaculada Concepcion de la Reina del cielo, abrazaria el mismo partido de todo corazon?

Santo Tomás y San Buenaventura no han hecho mas que dejarnos en duda sobre su verdadero modo de pensar en este punto, porque como el gran San Bernardo hablaron en pro y en contra. Leemos en la *Suma* de Santo Tomás: (1) «Es verdad que la Santísima Vírgen contrajo el pecado original, pero se libró de él antes de nacer.» Empero el mismo Santo dejó escrito en el opúsculo cuarto en que espone el Ave María: «María fué purísima cuanto á la mancha, porque no incurrió en el pecado original, ni en el mortal, ni en el venial.» Hé aquí un testimonio clarísimo en favor de la inmaculada Concepcion de Nuestra Señora. ¿Y cuándo podrá afirmarse que dice la verdad? ¿Cuando la defiende ó cuando la combate? Está visto que el Santo Doctor buscaba la verdad y no estaba seguro de haberla hallado. ¿Es creible que si hubiese presenciado la

(1) Véase acerca de esto la disertacion del Cardenal Lambruschini sobre la inmaculada Concepcion, en la que prueba que el testo de Santo Tomás fué alterado de una manera contraria á las ideas del Santo Doctor.

magnífica pompa y el entusiasmo ardiente con que nuestra Madre la Iglesia celebra la fiesta de la inmaculada Concepcion, no se hubiese adherido al voto universal que la honra y ensalza como pura y sin mancilla?

En órden á San Buenaventura, si alguna vez manifiesta sentimientos contrarios á la Concepcion inmaculada de María, es cierto que otras veces la defiende con tal brio y claridad que admira al paso que persuade. En el segundo sermon que compuso en elogio de esta divina Madre, dice que estuvo llena de gracia preveniente en su santificacion, esto es, de una gracia que la preservó del pecado original: *Gratia scilicet præservativa contra fœditatem originalis culpæ.* ¿Podia haberse espresado de un modo mas terminante ni mas favorable á la inmaculada Concepcion de María? Si dice lo contrario en alguna otra parte, el seráfico Doctor es un testigo que dice en pro y en contra: si ha habido quien le crea cuando dice en contra, vanagloriémonos de creerle cuando dice en pro, porque es mas conveniente á la dignidad de Madre de Dios, y no dudamos que siendo Buenaventura tan amante de la mayor honra y gloria de María, su mismo corazon le hiciese una dulce violencia á creerla inmaculada.

Démos un paso mas..... ¡Qué innumerable multitud de guerreros viene cubriendo las llanuras, los prados, los valles, los montes y los rios! Parece que mil soles se reflejan en sus brillantes espadas, su marcha es majestuosa, su mirada fulminante, irresistible su brazo: en el estruendo de sus trompas se asemejan á los soldados de Gedeon, en el valor á los de Josué. ¿Quiénes son? Los defensores de la inmaculada Concepcion de María en los últimos siglos. Cuéntelos el que se atreva á contar las estrellas. Refiera sus hazañas quien tenga para verlas mas ojos que rayos tiene el sol. ¿Qué memoria retendria los nombres de estos invictos guerreros? ¿Al menos dirémos los de sus capitanes? No, pues son innumerables y vienen de tropel, vienen formando legiones. Mirad reinos enteros, órdenes regulares todas ilustres en santidad y en ciencia, universidades famosas, innumerables Iglesias, y ante todas la Romana, que es la primera,

y las que levantan sus torres cerca del polo septentrional, y las que con los perfumes de sus incensarios embalsaman las regiones del mediodía, todas publican á voz en grito la incomparable pureza de María, en quien jamás hubo mancha de ningun pecado ni mortal, ni venial, ni original : todo clama la Concepcion inmaculada de la Vírgen María. Se canta en las Iglesias su oficio, se celebra misa propia de este triunfante misterio, se guarda su fiesta; en los púlpitos se la predica inmaculada; y si aun hay alguno que en su corazon abrigue cualquier sentimiento contrario, preciso es que lo esconda cual lepra vergonzosa, y ya nadie se atreveria á publicarlo ni á defenderlo ni aun privadamente despues de las espresas prohibiciones de los sumos Pontífices.

El Padre Baltasar de Ries, capuchino, en el precioso libro que compuso sobre el privilegio de la inmaculada Concepcion de María, formó una especie de asombrosos catálogos de las universidades que se han obligado á defender este misterio, de los doctores que lo han enseñado de viva voz y confirmado con sus escritos, de las órdenes regulares que en sus capítulos generales han decretado que abracen y defiendan tan piadosa creencia todos sus religiosos, de las cofradías y congregaciones que se han erigido en todas partes, y de las muchísimas indulgencias concedidas por los Papas para estimular la devocion de los fieles á la inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen. Quien desee enterarse á fondo de tan curiosos pormenores, busque y lea esta obra dignísima de la atencion y aprecio de los verdaderos devotos de la Señora.

Al peso de tantas y tan respetables autoridades añadirémos una razon concluyente. Si tuviésemos la desgracia de pensar de un modo poco honroso á la Concepcion de María, ¿qué reconvenciones tan justas y fulminantes no podria hacernos Jesucristo? ¿Por qué, nos diria, quereis hacerme aquella injuria que arrancaba lágrimas al profeta Jeremías : *Confusa est Mater vestra nimis?* Mirad la confusion de vuestra Madre, á quien ha corrompido el pecado y hecho esclava del demonio : si lo permitís, ó no podeis ó no quereis preservarla de

tamaña afrenta. Si no podeis ¿dónde está vuestra divina omnipotencia? Si no quereis ¿dónde está el amor de un hijo hácia la mejor y mas tierna y amable de todas las madres? Ni lo uno ni lo otro puede proferirse sin pronunciar una blasfemia horrible.

«Si no fuese omnipotente, nos contestaria Jesucristo, ¿la hubiera yo hecho una madre vírgen? Y si no la amase sobre todas las cosas, ¿la hubiese yo tomado por madre? Si no podeis pues dudar ni de mi omnipotencia, ni de mi entrañable amor hácia mi Madre, ¿por qué dudaréis de que la haya preservado de toda especie de culpa? ¿Quién de vosotros teniendo á su arbitrio el formarse una madre tal cual la deseáre, quién de vosotros no se la formaria tan perfecta que la vista mas perspicaz no descubriese en ella el mas mínimo defecto? Y si vosotros tendriais aquel buen sentimiento con vuestra madre, ¿por qué dudais de que yo le haya tenido para con la mia? ¿Pensais ser mejores que yo? ¿Quereis que pese sobre mí una afrenta, un deshonor que ninguno de vosotros quisiera que pesase sobre sí?» ¡Ah! ¡Qué contestariamos á Jesucristo si por desdicha le diésemos motivo para que nos hiciese tan terribles y enérgicas reconvenciones!

CAPÍTULO VI.

Observemos que la divina Sabiduría no ha hecho sino un Hombre-Dios, y no una mujer Dios; y este Hombre-Dios será el único principio de la salvacion de los pecadores. Pero no conviene que esté solo; debe tener una compañera : ¿mas de dónde la ha de tomar? Dios la sacará del mismo Jesucristo